

En Pentecostés se manifiesta el Espíritu Santo a los apóstoles. Es el Espíritu que Jesús había prometido que enviaría del seno del Padre: “Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre” (*Jn 14,16*). La promesa de Jesús “yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (*Mt 28,20*) se cumple en su Espíritu. El Padre, que había enviado a Jesús en la encarnación, envía en Pentecostés al Espíritu Santo (*Gal 4,4-6*) que lleva a cumplimiento lo que Jesús había manifestado.

El Espíritu que aparece en Pentecostés con dones extraordinarios es el mismo Espíritu que se ha manifestado en toda la historia de la salvación: desde la creación hasta hoy. En el Antiguo Testamento ya se manifiesta este Espíritu, pero es en Cristo cuando el Espíritu se muestra en plenitud.

## 2. El Espíritu Santo en el Antiguo Testamento

Hay unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Lo que se manifiesta claramente en la Nueva Alianza, a partir de la venida de Jesús a la tierra, ya aparece veladamente en la Antigua.

En el Génesis Dios crea el cosmos por su Espíritu “que aleteaba sobre las aguas” (*Gn 1,2*). Este mismo Espíritu es el que interviene, junto con el Padre y el Hijo, en la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios (*Gn 1,26*), es el Espíritu que Yahvé sopla sobre el barro modelado según el segundo relato de la creación del hombre (*Gn 2,7*).

El Espíritu se manifiesta en el Antiguo Testamento a través de personajes elegidos por Dios para ser los mediadores de su acción y de su vida. En los patriarcas el Espíritu se revela por medio de la bendición que reciben y transmiten de generación en generación. Abrahán, el primero de los patriarcas, es bendecido por el Dios que cumple con su promesa de una gran descendencia. Él recibe, a su vez, la vocación de bendecir a la posteridad.

Después de la época de los patriarcas, el pueblo de Israel, esclavizado bajo el poder egipcio recibe un nuevo mediador. Dios elige a Moisés para salvar a su pueblo, para que haga de puente entre Dios y el pueblo. Además, Moisés unge con el óleo santo a los sacerdotes de la tribu de Leví para que sirvan a Dios y a los israelitas a través del culto.

En la Ley Dios manifiesta su Amor por el pueblo. Pero son los profetas los que reciben la inspiración del Espíritu Santo de un modo especial. El Espíritu viene y manifiesta a través de los profetas un mensaje (palabra) o les encomienda una acción (obra). Encontramos muchas veces que se dice: “Vino el Espíritu sobre.” (*p. ej. en 2Cro 15, 1; 20, 14; Jc 3, 10; 11, 29; 15, 14*); “el espíritu de Yahvé revistió a.” (*Jc 6, 34; 1Cro 12, 19; 2Cro 24, 20*). El Espíritu viene al elegido, lo reviste y le comunica un mensaje o le encomienda una misión concreta, que puede ser temporal o permanente.

Los profetas anuncian a Cristo y preparan el camino para su venida. El último profeta, gozne entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, es Juan Bautista, el Precursor. Su nacimiento singular de una estéril (*Isabel*) será principio de su singular misión: señalar al Mesías. “Ve a Jesús venir hacia él y dice: He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (*Jn 1,29*).

### 3. Jesús es el Cristo, el Ungido por el Espíritu Santo

Las profecías se cumplen en Jesús. Él es el Mesías anunciado por los profetas. Sus rasgos se manifestaron en los Cantos del Siervo de Yahvé (*Is 42,1-9; 49,1-6; 50,4-10 y 52,13-53,12*). Jesús se apropia la profecía de *Is 61,1ss*:

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor. Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: “Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy”. Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca (*Lc 4, 18-22*).

Cristo es el Profeta escatológico. Es profeta pero más que profeta. Es el Hijo de Dios que recibe también como hombre el Espíritu Santo. La misión de Jesús consiste en manifestar el amor del Padre a través de la predicación y de sus obras, signos y milagros. Así se manifiesta su designio de salvación: anunciar la Buena Noticia, liberar, curar. El poder del Espíritu Santo capacita a la humanidad de Jesús para ser cauce de la salvación de Dios.

Jesús es el Mesías, el Cristo, el “Ungido”. Mesías (*en hebreo*) es lo mismo que Cristo (*en griego*) y significa “Ungido”. El Padre unge a Jesús con el Espíritu Santo, como asegura Pedro: “Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder” (*Hch 10, 38*). Es Dios Padre, la fuente en la Trinidad, que envía al Espíritu para que descienda sobre la humanidad de Jesús.

El Hijo de Dios ha recibido desde siempre la unción del Espíritu Santo por el Padre. La novedad, de la que habla Pedro en el texto de los Hechos de los Apóstoles, es que también Jesús, en cuanto hombre, recibe la unción del Espíritu. Por tanto en Jesucristo podemos distinguir dos unciones: la unción como Hijo de Dios, que recibe desde toda la eternidad, y la unción en su humanidad. Él es Cristo (=Ungido) desde siempre como Dios y, es Cristo (=Ungido) también como hombre desde la encarnación. A su vez, en su existencia humana, es ungido en distintos momentos por el Espíritu Santo.

El proceso de glorificación de la naturaleza humana se da en la propia carne de Jesús a través de toda su vida. San Lucas nos habla de este crecimiento de gracia: “Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (*Lc 2, 52; cf. Lc 2, 40*). Desde niño Jesús crece no sólo físicamente, sino también en la acogida del Espíritu en su humanidad. Si bien la vida de Cristo desde su concepción es un ir recibiendo el Espíritu para que Éste vaya poseyendo la carne humana, hay momentos clave de ese progreso: la encarnación, el bautismo en el Jordán, la muerte y la resurrección.

En la encarnación el Verbo de Dios, sin dejar su divinidad, asume la carne humana por la acción del Espíritu Santo. El credo apostólico lo dice así: “concebido por obra y gracia del Espíritu Santo”. De manera que el Hijo de Dios, tomando la carne y sin perder su condición divina, se hace hombre. Por la encarnación, en Jesús está presente y actuante el Espíritu Santo. Lo está en su divinidad (*ahí no hay cambios*) y comienza a hacerse presente en su humanidad: hay una presencia incipiente del Espíritu que ha

intervenido en su concepción de María Virgen. Al encarnarse el Verbo asume la humanidad, toma la carne humana para divinizarla. Por tanto, el Verbo encarnado, en cuanto hombre, no tiene desde el principio la plenitud del Espíritu (*en cuanto Dios sí, pero no como hombre*). El Verbo divino toma la carne para unirla con el Espíritu y llevarla a la gloria del Padre.

Después del bautismo en el Jordán recibe la unción del Espíritu con vistas a su misión de mediación entre Dios y los hombres. El Espíritu Santo se manifiesta a través de la humanidad de Jesús revelando su inmenso poder. La carne de Cristo, como también la letra de la Sagrada Escritura, es mediación privilegiada de la manifestación del Espíritu Santo. A través de la humanidad de Jesús el hombre de fe descubre la fuerza del Espíritu Santo, así como mediante la Escritura el creyente accede a comprender la Palabra de Dios desde el Espíritu Santo. Sólo desde la fe se puede acoger al Espíritu, escondido bajo los límites de la carne de Cristo y velado bajo la letra de la Sagrada Escritura.

La humanidad tiene carácter de mediación. Es tal la fuerza del Espíritu que su acción se transmite a través del cuerpo de Jesús, de todos sus miembros corporales, llegando incluso a la orla de su manto. El poder salvífico de Jesús se realiza a través de su humanidad, que es, en este sentido, sacramento (*signo*) de la acción de salvación de Dios con su pueblo.

La última etapa de la vida de Jesús es el misterio pascual. Solamente cuando Jesús resucita es glorificado plenamente también en su cuerpo. Cristo es plenificado por el Espíritu en la resurrección después de ser perfeccionado por la pasión y la cruz.

Todo esto tiene un sentido. El Verbo asume la carne para que el ser humano pueda ser glorificado por el Espíritu Santo y así participar de la condición divina. Si la “carne” (*humanidad*) de Cristo se va “espiritualizando”, recibiendo progresivamente la efusión del Espíritu hasta la glorificación total, lo hace con el fin de que también todo hombre pueda ser glorificado en Cristo por la acción del Espíritu Santo.

#### **4. El cristiano recibe la unción del Espíritu Santo a imagen de Cristo**

Cristiano quiere decir ser discípulo de Cristo, ser “ungido” como Cristo, marcado con el sello del Espíritu Santo con una marca indeleble. Así la hizo el bautismo y luego la confirmación la consolidó.

¿Quién soy yo? Mi identidad viene dada por ser hombre y cristiano. Como ser humano he sido creado a imagen de Dios: soy hijo del Padre a imagen del Hijo por el Espíritu Santo. Como cristiano, por el bautismo soy hijo de Dios, miembro de Cristo al participar de su misterio pascual (*muerte y resurrección*), soy parte de su Cuerpo (*la Iglesia*) y soy Templo del Espíritu Santo.

Al ser creado he recibido una gracia natural: el don de ser moldeado por el Padre con sus manos (*con el Hijo y el Espíritu Santo*). Con el bautismo he sido re-creado. He recibido la gracia santificante. Es un nuevo don que se añade al de la creación. Es tanto el amor de Dios conmigo que ha querido asociarme más hondamente a su propia vida, no sólo concediéndome una naturaleza capaz de comunicarse con Él, sino también me hace posible ser otro Cristo, a imagen del Verbo encarnado.